

UNA CIERTA IDEA DE LOS ESPAÑOLES. CARO BAROJA Y MENÉNDEZ PIDAL ANTE LA ESPAÑA PRIMITIVA Y SUS LENGUAS (Y, EN LA OTRA ORILLA, AMÉRICO CASTRO)*

JESÚS ANTONIO CID MARTÍNEZ

(Universidad Complutense de Madrid-Fundación Ramón Menéndez Pidal)

RESUMEN

A propósito de los estudios de Julio Caro Baroja sobre la Etnografía y las lenguas de la España primitiva, sobre el País Vasco y las culturas populares hispánicas, se evocan los antecedentes formativos, en su medio familiar y en el Madrid intelectual de los años 1920-1936, del gran estudioso. Caro Baroja creía en continuidades temporales de largo alcance, lo que le aproxima más a Ramón Menéndez Pidal que a Américo Castro, según puede apreciarse en un rápido recorrido por el Epistolario Menéndez Pidal-Castro, conservado en la Fundación Ramón Menéndez Pidal. La cuestión de la "realidad" histórica de España, que preocupó por igual a Menéndez Pidal, Castro y Caro Baroja, se convirtió en una polémica que hoy puede parecernos tediosa, pero sigue planeando sobre nuestro presente, como es bien fácil advertirlo, por ejemplo, en la reactualización de la crisis Cataluña-España.

PALABRAS CLAVE: Caro Baroja, Etnografía, Menéndez Pidal, Américo Castro.

ABSTRACT

Regarding the studies of Julio Caro Baroja of Ethnography and the languages of primitive Spain, of the País Vasco and the hispanic popular cultures, the formative antecedents are evoked, in their family environment and in the intellectual Madrid of 1920-1936. Caro Baroja believed in long temporal continuities, which brings him closer to Ramón Menéndez Pidal than to Américo Castro, as can be seen in a quick tour of the Menéndez Pidal-Castro Epistolary, preserved in the Fundación Ramón Menéndez Pidal. The question of the historical "reality" of Spain, which worried Menéndez Pidal, Castro and Caro Baroja alike, became a controversy that today continues to plan about our present, for example, in the renewal of the Catalonia-Spain crisis.

KEY WORDS: Caro Baroja, Ethnography, Menéndez Pidal, Américo Castro.

* Este trabajo recoge, con modificaciones y añadidos, una intervención oral en el «Seminario conmemorativo del centenario de don Julio Caro Baroja. Cultura y patrimonio de los Pueblos de España», celebrado en Madrid en noviembre de 2013. Se ha prescindido, deliberadamente, de insertar notas y referencias bibliográficas. Las citas del Epistolario de la FRMP se referencian por la fecha de la misiva correspondiente.

Años de juventud y aprendizaje

Lo primero que me es de justicia hacer es agradecer la oportunidad de tomar parte en este encuentro en conmemoración del centenario de don Julio Caro Baroja. Don Julio Caro es uno de los maestros que mayor y mejor influencia han tenido en mi modesta persona, y a quien más debo. Siempre he tenido conciencia de no haber saldado suficientemente mi deuda con él, y me hago la ilusión de que estar hoy aquí puede acaso contribuir a pagar mínimamente una parte de esa deuda. Al margen de motivaciones personales, estoy del todo convencido de que para cualquier persona estudiosa, o simplemente curiosa, siempre será provechoso volver a visitar la obra de Caro Baroja; leerla o releerla. Con motivo de preparar esta intervención, al comprobar algunos datos o fechas, me he visto sin darme cuenta releendo muchas páginas de libros y artículos distintos de don Julio y, más allá de esas comprobaciones, he tenido la evidencia de que era mucho más placentero seguir leyendo sus trabajos que ocuparme del mío. El contraste con otras lecturas recientes que hay que hacer «por oficio» era desoladoramente favorable a don Julio y a sus escritos de hace más de treinta, cuarenta o sesenta años. Su buena prosa, el caudal de información, la claridad de ideas para distinguir lo relevante de lo secundario, y la profunda humanidad que se trasluce en todo lo que escribió no son ya moneda corriente en las humanidades “curriculares” que nos toca padecer desde hace tiempo.

El encargo recibido y mi cometido ahora es exponer las relaciones personales y los intereses científicos que vinculan a don Julio Caro con don Ramón Menéndez Pidal y su escuela, sobre todo en el ámbito de los estudios sobre las lenguas hispánicas, las lenguas prerrománicas, y la lengua vasca; con todo lo que ello implica en relación con la historia primitiva de los pueblos de España, y su proyección hasta nuestros días.

Creo que tal exposición debe hacerse teniendo en cuenta antes de nada el periodo de formación, juvenil, del gran estudioso, etnólogo, etnógrafo, antropólogo, historiador cultural, ensayista, escritor, dibujante y pintor, melómano, memorialista, y muchas cosas más, entre ellas excelente y generoso maestro, que llegó a ser Caro Baroja, además de ser la persona sensible y el hombre profundamente bueno que muchos de los aquí presentes tuvimos la fortuna y el privilegio de conocer. Claro está que al hablar del periodo formativo de Caro Baroja tendré que reincidir en mucho de lo aquí ya se ha escrito o se ha dicho, antes y mejor, en sesiones precedentes de este congreso.

Los años de juventud y aprendizaje de Julio Caro Baroja fueron excepcionalmente ricos y variados. Es bien sabido que en su medio familiar más próximo don Julio convivió en su infancia y juventud con grandes figuras de la literatura y de las artes visuales, como eran sus tíos Pío y Ricardo. Conoció también muy directamente, a través de su padre, el impresor y editor Rafael Caro Raggio, el mundo de las publicaciones literarias, y las condiciones materiales en que se desenvolvían las letras españolas entre los 1920s y 1936. Don Julio ha recordado más de una vez, por ejemplo, haber ayudado a su padre en un arqueo de los fondos de la editorial y comprobar que la edición de *Doña Inés* de Azorín estaba prácticamente entera: a pesar de la buena crítica no se había vendido apenas más de unas decenas de ejemplares; o el disgusto familiar que se produjo cuando Pío Baroja deja de publicar sus obras en la editorial de Caro Raggio, porque la rentabilidad económica era casi inexistente para el autor.

Por su madre, Carmen Baroja, don Julio tuvo conocimiento de otros círculos, de mujeres cultivadas, inquietas, que representan ya plenamente la sensibilidad cultural y social feminista, que ya existió en esos años. Carmen Baroja fue una de las fundadoras del «Lyceum Club Femenino», del que también formaron parte Clara Campoamor, Zenobia Camprubí, Ernestina de Champourcin, María de Maeztu, Victoria Kent, María Teresa León, Concha

Méndez, Rosa Spottorno, etc. Dentro del *Lyceum*, tan masculinamente satirizado por José Díaz Fernández en su novela *La Venus Mecánica*, Carmen Baroja tuvo a su cargo la sección de Artes Plásticas e industriales.

Don Julio fue a la vez testigo, temprano compañero de viaje, y agudo observador de una parte sustancial del periodo que un tanto abusivamente se ha llamado la “Edad de Plata” de la cultura española. Abusivamente, porque entre nosotros la plata o el oro han coexistido siempre, y también en esos años, con el hierro, o incluso con la hojalata. Y eso es algo que Caro Baroja nos lo ha recordado muchas veces. Si preferimos denominaciones cronológicas menos metálicas y más neutras, digamos simplemente que a don Julio le correspondió formarse en el periodo de entreguerras, en la España y en el Madrid del segundo cuarto del siglo XX, y ello en unas circunstancias muy favorables para un joven dotado de inteligencia y de la apertura mental que siempre tuvo.

El joven Caro Baroja pudo conocer y tratar en su casa y en la imprenta de su padre a Valle Inclán, Azorín, a Manuel Azaña, Pérez de Ayala, Rivas Cheriff, a don Ciro Bayo, o al pintor Juan Echevarría. Podía encontrarse en la calle o en el Ateneo a don Miguel de Unamuno, que en un paseo le desaconsejó dedicarse a la Arqueología, a la “Pucherología”. En el Ateneo de Madrid también asistió a tertulias, sin involucrarse mucho en ellas, y conoció a escritores, profesores, jóvenes socialistas y otros políticos en estado de merecer, o a una rara fauna de bohemios y excéntricos, que le inspiraron siempre, sobre todo los excéntricos, curiosidad, y ternura. Antonio Carreira ha recordado que la tarde del 23 de febrero de 1981, la asonada de Tejero le sorprendió a don Julio y a sus colaboradores de la *Revista de Tradiciones Populares* con la visita de una persona que había descubierto un sistema para descifrar y traducir el alfabeto-silabario ibérico mediante un péndulo, y a quien Caro Baroja, que se había ocupado científicamente de la cuestión, escuchaba divertido y con toda la atención del mundo. Unos años antes, en 1973, fui testigo en un viaje a Garganta la Olla, en Cáceres, de cómo una de las fuerzas vivas de la localidad invitó a don Julio a visitar nada menos que un «Museo de la Inquisición» que había instalado en su propia vivienda, y le explicaba con detalle cómo era el sistema del interrogatorio del Santo Oficio, la práctica de la tortura, con instrumentos que había reunido y formaban parte del “museo”, o le mostraba el sillón del Inquisidor general (donde el dueño confesaba dormir la siesta). Al margen de los *realia* inquisitoriales, nuestro coleccionista exhibía también, entre otros enseres, la cama de don Juan de Austria, porque, según comentó luego don Julio, la cama de Carlos V se sabía que estaba en el vecino monasterio de Yuste, que si no...; y varios instrumentos musicales característicos de la comarca de la Vera, aunque en un arrebato de sinceridad (“A usted tengo que decirle la verdad”) confesó que al menos uno de ellos procedía del Nepal, traído de allí por un pariente, según dijo, “medio hippy”. Don Julio escuchó pacientemente todas aquellas explicaciones, y solo al salir de la casa hizo algunas reflexiones sobre la mitomanía como constante del comportamiento humano, y sobre cómo a partir de un detalle mínimo mal interpretado, la existencia de una inscripción que decía que la casa había pertenecido a un familiar del Santo Oficio en el s. XVII, la imaginación de su descendiente podía reconstruir todo un Tribunal de la Inquisición en un pueblo entonces tan recóndito como Garganta la Olla. En sus *Memorias familiares* Caro Baroja traza una amplia galería de los excéntricos y raros que trató a lo largo de su vida, y que, en efecto, le merecieron siempre más indulgencia y curiosidad que otros personajes solemnes o prepotentes, que abundaban en la España que le tocó conocer, y cuyo número sin duda no ha disminuido.

Volviendo ya a sus maestros directos, en el Instituto-Escuela, —donde fue compañero de clase del hijo de Eugenio D’Ors y del de Francisco Barnés: Álvaro D’Ors y Juan Barnés, sus grandes amigos de mocedad—, don Julio guardaba buenos recuerdos de

algunos de sus profesores: Manuel Terán, Vicente Sos, Oliver Asín, aunque no de todos. Es posible que su desvío hacia la historia de la Literatura tenga algo que ver con el recuerdo, no muy grato, de las clases de don Miguel Herrero. Tampoco don Julio tuvo una visión idílica de la Universidad, a pesar de la idealización que se ha hecho después de la Facultad de Filosofía y Letras de la Segunda República. Sin embargo, don Julio apreció mucho a dos latinistas, Vicente García de Diego y Agustín Millares; fue alumno de García Morente y Zubiri, y asistió a clases de literatura que no le entusiasmaron demasiado. No fue, voluntariamente, alumno de Ortega y Gasset, que por entonces se había distanciado de su tío Pío Baroja, pero tuvo, fuera de la Universidad, trato asiduo con don José, y Ortega fue sin duda una de las personas que más apreció, y que más influyeron en él.

Estas experiencias vitales del joven Julio Caro Baroja en el Madrid intelectual de fines de la monarquía y de la segunda República, el Madrid de la Generación del 27, de la Revista de Occidente, de la vida urbana y del ajetreo, o la agitación social, se veían completadas, y contrastadas, por las vivencias que Julio Caro experimentó en un espacio y un mundo radicalmente distintos. En los veranos, los Baroja se trasladaban a Vera de Bidasoa, un ámbito rural en estado casi puro entonces. El niño y joven Julio Caro vivió allí una infancia campesina durante largas temporadas, en un pueblo donde la lengua vasca era la lengua no única pero sí dominante de sus moradores, y donde prácticamente el único elemento alienígena era el puesto de carabineros de la Guardia Civil. En Vera de Bidasoa, en la casa de Itzea, está realmente la vinculación afectiva más fuerte que don Julio tuvo por espacio alguno. Pero además de lo afectivo, Vera de Bidasoa fue también un espléndido escenario y lugar de aprendizaje para un futuro etnógrafo. Las faenas agrícolas, los utensilios y herramientas; los animales; un ritmo de la vida y de las labores, sujeto a las actividades y las pausas que dictan las estaciones y el calendario de los trabajos del campo; una determinada arquitectura y un determinado hábitat y aprovechamiento del territorio; la distinción entre la calle y el caserío, *baserritar* vs- *kaletar*; las fiestas, tan distintas de las urbanas... Todo ello, en suma, son aspectos que pasaron de ser vivencias a ser objeto de estudio, de investigaciones y trabajos que don Julio emprendería pocos años después. Y lo mismo sucede con el patrimonio etnográfico o el folklore inmaterial: las leyendas, canciones, la historia oral, las formas de la religiosidad popular, las concepciones del mundo que estaban vigentes en Vera de Bidasoa y los pueblos próximos de las Cinco Villas y el Baztán, fueron para Julio Caro unas vivencias vivas y a la vez un estímulo, un laboratorio y un archivo de datos que no tardaría en aprovechar.

En resumen: en un mismo año, o en el lapso de pocos años, Caro Baroja podía presenciar, en el invierno en Madrid, el estreno de una obra teatral tan vanguardista y rupturista como *Los cuernos de don Friolera* de Valle Inclán, representada en su propia casa, en el teatrillo del Mirlo Blanco; y en el verano, en Vera de Bidasoa, podía escuchar los sorprendentes relatos de un aldeano, “Fillipo”, que mantenía muy vivas tradiciones sobre brujas, hallazgos de tesoros, transformaciones de humanos en animales, animales que hablan, etc., creencias que habían sido generales en el país en otras épocas, y que en forma atenuada aún sobrevivían en otras personas, pero que al darse en estado ‘puro’ y exacerbadas en un individuo que había vivido en circunstancias particulares de aislamiento sorprendían ya a sus mismos vecinos como propias de un perturbado.

Como ya lo ha recordado Guadalupe Rubio, fueron sobre temas etnográficos del País Vasco los primeros trabajos de Julio Caro, y allí tuvo sus primeros maestros reales: Telesforo de Aranzadi y José Miguel Barandiarán, a quienes acompañó en sus excavaciones arqueológicas. Del padre Barandiarán, que estaba muy al día en Historia cultural y en Antropología, recibió don Julio lecciones improvisadas y muy provechosas sobre las ideas de Durkheim o Malinowski. “En una cueva paleolítica de Vizcaya y de boca de un sacerdote

católico vasco salía más materia universitaria que de las aulas madrileñas”, dirá en sus *Memorias*. Aunque inmediatamente reconoce que algo de provecho sí obtuvo gracias a los contactos con Obermaier y Trimborn. En sus estancias en Vera y en escapadas a San Sebastián, poco después, Caro Baroja entró también en contacto con Julio Urquijo e Ibarra, el primer cultivador científico moderno de los estudios sobre textos y literatura vasca, y fundador de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*.

A pesar de ser Julio Caro casi un niño mostraba ya su rara capacidad para relacionarse científicamente con personas de generaciones muy anteriores a la suya; igual que en sus años posteriores estimaba más provechoso dialogar idealmente con Montaigne, con Garibay o con Heródoto, que con la mayoría de sus coetáneos.

Aranzadi había nacido en 1860 y a Julio Caro ya le parecía un hombre viejísimo; Barandiarán, más joven, era de 1889. Entre ambos se sitúan dos maestros indirectos, por los que Julio Caro manifestó siempre un gran respeto, además de intereses comunes. Uno fue don Manuel Gómez Moreno, nacido en 1870, y el otro Ramón Menéndez Pidal, de 1869. Gómez Moreno, fue también el maestro informal de uno de los más antiguos amigos de Julio Caro, Gonzalo Menéndez Pidal, hijo de Ramón. Es casi legendaria la versatilidad y amplitud de saberes de Gómez Moreno, capaz de editar y traducir pulcramente crónicas medievales, estudiar iglesias mozárabes o pizarras visigóticas, el arte románico, el arte árabe, el Greco, Goya, la arquitectura tartesia, o hacer informes sobre la Torre de los Lujanes de Madrid, o las efigies que debían figurar en los sellos de correos. Gómez Moreno tenía también una aproximación «material» a sus objetos de estudio; dibujaba filigranas de manuscritos o plantas de iglesias; pero podía ir más allá. Cuenta Gonzalo Menéndez Pidal que cuando estudiaba artesanos árabes o mozárabes, don Manuel pedía una escalera y además de tocar y oler la madera, desprendía una pequeña astilla y la masticaba. La textura y el sabor le daban indicios para saber de qué tipo de madera era el artesonado, y hasta su cronología aproximada.

A don Julio le interesó especialmente el desciframiento que Gómez-Moreno había conseguido perfeccionar del alfabeto y silabario ibérico —sin péndulo—, y fue uno de los primeros en utilizar consecuentemente el sistema de Gómez Moreno, y sacarle un gran partido para sus trabajos sobre la España primitiva.

Don Julio Caro y don Ramón Menéndez Pidal

Con Menéndez Pidal la relación venía de más atrás, y por la vía familiar. El propio don Julio recuerda que muy a principios del siglo XX su madre, entonces soltera, y sus dos tíos, coincidieron en unas vacaciones que pasaron en el Monasterio del Paular con el todavía joven matrimonio que formaban Ramón Menéndez Pidal y María Goyri.

Como inciso casi etnográfico, acaso convendría recordar que viajar en 1900 o 1901 a El Paular, en la sierra entre Madrid y Segovia, no era entonces cualquier cosa. Lo que hoy es un trayecto que se hace cómodamente en poco más de una hora, suponía en aquellos años poco menos que una aventura. Juan Menéndez Pidal, hermano mayor de Ramón, folclorista, poeta, periodista y gobernador civil en varias capitales de provincia, estuvo también en El Paular en 1906, y escribió un artículo, “Aires de Sierra”, donde describe lo que suponía viajar desde Madrid. Eran dieciséis horas de camino, en un “coche de línea” que salía de la Plaza de Cibeles antes de la madrugada, para llegar poco antes del anochecer. El coche de línea era una diligencia tirada por mulas, “más hartas de palos que de pienso”. Don Juan, evocador, continúa:

[...] ¡Ríal, Generala, Generala! ¡Hala, hala!...

Tres garrotazos del mayoral en el esqueleto de la mula más zaguera, que responde al halago alzándose de ancas y poniendo al aire un par de lucientes herraduras, hacen avanzar por etapas el coche, crujiendo y rodando por entre nubes de polvo del arrecife, al trote cochinerero de las bestias, que olvidan sus mataduras con el bullicioso retañir de los cascabeles.

Distrajera también nuestro aburrimiento si tuviese la dulce armonía de los cascabeles del petral del conde Claros, que:

los ciento eran de oro,
y los ciento de metal,
y los ciento eran de plata,
por los sones acordar.

Pero los de la collera del tiro eran de cobre todos; de agudo, monótono y perdurable son, que se metía en el alma, taladrando el cerebro hasta convertirlo en un cascabel más, con aquel agrio sonido por movable pedrezuela.

¡Ríal, Generala, Generala! ¡Hala, hala!... [...]¹

Sigue el relato con otros ecos cultos, aunque bien traídos, de Villasandino a Tassara, y un contraste entre Rascafría y El Paular como universos distintos, a pesar de que solo los separen dos o tres kilómetros, o ni eso. Hasta aquí el inciso etnográfico.

Refiere don Julio que a su madre, Carmen Baroja, le hizo impresión conocer a María Goyri, y el hecho de que ella colaborase en los trabajos de su marido. “Lo que para una muchacha feminista de comienzos de siglo —dice—, metida en la lectura de Tolstoy, de Ibsen, y aun de Bernard Shaw, podía suponer de ideal esta colaboración intelectual de la mujer con el hombre, es algo de lo que no tiene idea mucha gente de la España de hoy”. Tanto es así, dice, que podría parecer mentira. “Pero no —sigue don Julio— No es mentira. Porque pasados los años, yo mismo fui pequeño testigo de la colaboración ejemplar y memorable” entre María Goyri y Menéndez Pidal.

En persona, Julio conoció antes a María Goyri que a don Ramón, en sus años de estudiante en el Instituto-Escuela. “Me acuerdo de ella —escribe— como de una señora alta, fuerte, con un tipo que me era familiar, porque se me antojaba entonces (y creo que era) muy vascongado. Visitaba las clases de Letras a que yo asistía, oía a los profesores, aclaraba algunas explicaciones, y tenía algunas palabras de complacencia para los alumnos. Mi primera idea de lo que son los romances me viene, sin duda de ella. ¿Pueden decir muchos historiadores españoles otro tanto?”

Años después de la muerte de doña María, Julio Caro Baroja escribió a Menéndez Pidal una carta que creo oportuno leer completa, porque nos permite enlazar sus recuerdos

¹ Recogido en “Aires de sierra”, *El Universo*, VII (1906), n. 1964 (10-VIII-1906), p. 1.

de María Goyri con su conocimiento ya directo del propio Menéndez Pidal. La carta está fechada en París, en febrero de 1962:

Admirado maestro:

Don Manuel Gómez Moreno me ha comunicado que V. ha tenido la bondad extrema de firmar con él y con D. Diego Angulo, una propuesta para que yo entre en la Academia de la Historia. Pase lo que pase con ella, he de expresarle mi agradecimiento profundo. No fui discípulo de Usted por razón de edad, aunque lo he sido de varios discípulos suyos. Sus libros, sí, creo que los he leído con sosiego y fruto. Pero en este momento quiero recordar también que siendo niño Doña María tuvo unas palabras de aliento para mí en cierta tarea escolar, que considero de gran importancia dentro de mi vida, y que siempre tuve buena amistad con Gonzalo. Lejos o cerca, sepa Usted que siempre seré un admirador ferviente de su obra y de su persona, y que lo que más desearía sería ser un colaborador y amigo leal de las gentes que se agrupan en su derredor. Firmado: Julio Caro Baroja.

Retrocediendo unos años, hay una breve carta de noviembre de 1956 en que don Julio responde a un pésame dirigido con motivo de la muerte de Pío Baroja

Querido y admirado Don Ramón:

Le agradezco profundamente las líneas de afecto que me dirigió con motivo de la muerte de mi tío. Ahora me queda como único consuelo honrar su memoria y vivir con arreglo a lo que su memoria exige. Cosa no fácil. Reciba el testimonio de mi admiración, mi respeto y mi cariño. Firmado: Julio Caro Baroja.

Pero nos interesa ahora especialmente el periodo anterior, el de la inmediata postguerra, que es cuando Caro Baroja y Menéndez Pidal tuvieron trato más asiduo, y cuando confluyeron las dedicaciones de ambos en la historia lingüística de la España primitiva, y en el interés por la lengua vasca.

Recuerda don Julio que poco después de 1940, “Acompañando a don Ramón de su casa hasta el centro de Madrid —en el tranvía de Chamartín— le oí manifestarse en términos de desaliento y tristeza total. Después siempre le he visto mesurado, tranquilo; tal vez más sonriente y afectuoso cuanto más anciano iba siendo y sin perder aquel optimismo básico que le ha caracterizado, y que ante mí solo le falló una tarde de otoño de aquellas negras cercanas al año 40”.

En efecto, esos años fueron tristes también para Menéndez Pidal. Se le desposeyó de sus cargos en las Academias de la Lengua y de la Historia, se desmanteló el Centro de Estudios Históricos, y fue ignorado en el nuevo Consejo Superior de Inv. Científicas; se congelaron sus cuentas bancarias, y hasta se dictó contra él una orden de caza y captura que estuvo vigente hasta más allá de 1950, y que por suerte nadie se atrevió a ejecutar. Antes había circulado un informe policial en donde se afirmaba que María Goyri era la mujer más peligrosa de España, que don Ramón había tenido abiertas simpatías republicanas y había colaborado con el régimen anterior, que su hija Jimena y su yerno Miguel Catalán eran también notorios

elementos izquierdistas, y que su hijo Gonzalo había contraído matrimonio civil en la sede del Quinto regimiento, comunista, durante la guerra.

Quien repase las memorias familiares de don Julio, o la segunda parte del folleto *Una vida en tres actos*, tan oportunamente reimpresso, se asombrará de que en un ambiente tal de tristeza y desolación, personas como Caro Baroja y Menéndez Pidal tuvieran fuerzas y ánimos para trabajar con la intensidad con que lo hicieron en esos años. Don Julio ha confesado que el trabajo, incluso embrutecedor, fue para él una manera de sobreponerse, o de sobrevivir en unas circunstancias tan desfavorables.

De la década de 1940 son varios trabajos de Menéndez Pidal acerca de las lenguas primitivas de España, y lateralmente sobre los pueblos que las hablaron, y su hipotética influencia, como sustrato, en el latín de Hispania. Todos esos trabajos, y algunos anteriores, fueron agrupados después en un libro, *Toponimia prerrománica hispánica*, aparecido en 1952. Son estudios que surgían con el objetivo de fundamentar los primeros capítulos de la *Historia de la Lengua Española* en la que Menéndez Pidal llevaba trabajando muchos años atrás, y en la que siguió trabajando hasta su muerte, sin llegar a terminarla. A don Ramón le parecía obvia la necesidad y el interés de ocuparse de la situación lingüística de la Península ibérica antes de la romanización.

Por su parte, don Julio Caro, escribe y publica en esos mismos años varios trabajos puramente etnográficos, y sus libros de conjunto *Los Pueblos del Norte*, de 1943, y *Los Pueblos de España*, de 1946. Y junto a ellos un libro de estricta lingüística, los *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, también de 1946, y tres artículos muy amplios y complejos que se ocupan de las lenguas prerrománicas: “Observaciones sobre la hipótesis del vascoiberismo”, 1942-1943; “Sobre el vocabulario de las inscripciones ibéricas”, de 1946, y “La geografía lingüística de la España antigua a la luz de las inscripciones monetales”, de 1947. Súmense otros trabajos menores, o no tan menores, “Algunas notas sobre onomástica antigua y medieval”, de 1943, y “Sobre la historia del desciframiento de las escrituras hispánicas”, de 1946. Todos ellos podemos verlos como el correlato lingüístico o el complemento a la exposición general que se contiene en *Los pueblos de España*, es decir su gran esfuerzo de síntesis. Hay también algunas actualizaciones y aprovechamientos posteriores en trabajos ya de la década de 1950, “La escritura en la España Prerromana”, incluido en la *Historia de España* que dirigía Menéndez Pidal, volumen de 1954, o la *España primitiva y romana*, ya de 1957.

En esta misma época, don Julio tenía al corriente a Menéndez Pidal de sus trabajos y don Ramón le enviaba los suyos. Al margen de sus visitas a su casa en la Cuesta del Zarzal, se conservan algunas cartas que así lo evidencian:

En noviembre de 1945 le escribe:

Admirado maestro:

Llegó a mis manos hace unos días su último trabajo, y quiero expresarle el agradecimiento que me ha inspirado su generosa atención. [...] Ahora tengo en pruebas un librito que se llamará *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* y en el que he reunido la sustancia de varios artículos publicados, con nuevas observaciones. Cuando esté terminado será para mí un gran placer enviárselo, sea el que sea el juicio que pueda merecerle. Mientras tanto si en algo puedo servirle

ya sabe que está a su entera disposición este su discípulo, admirador y amigo verdadero que estrecha su mano.

Hay alguna otra carta, más técnica, en donde Julio Caro facilita a don Ramón algunos detalles sobre fronteras dialectales del euskera, uri-iri, barri-berri, aretxa-aritza, etc., para corroborar algunas hipótesis de don Ramón.

Etnografía, Historia antigua, y continuidades en los pueblos de España

Es claro que la razón de ser de todos los trabajos mencionados antes, tanto los de Pidal como los de Caro Baroja, es la convicción de que la Prehistoria y la Historia antigua previa a la presencia romana en la península son pertinentes para el conocimiento de los Pueblos de España, y de España como hábitat de esos pueblos. Es decir, se parte del supuesto de que existen unas ciertas continuidades, y de que los periodos antiguos contribuyen a explicar en alguna medida la historia posterior.

Sin embargo, esa convicción y ese supuesto fueron sometidos a crítica, cuestionados severamente o negados en esos mismos años. Y quien lo hizo fue el discípulo más destacado, brillante, y devoto, que tuvo Menéndez Pidal, es decir Américo Castro. Castro, después del trauma que para todos y para él había significado la Guerra Civil, se propone explicar las razones últimas de la tragedia española, y construye una teoría histórica con esa perspectiva. La primera gran exposición de sus tesis es el libro *España en su historia. Cristianos moros y judíos*, publicado en Buenos Aires en 1948. Sin embargo, la elaboración del libro comienza muy poco después de la guerra, y hay ya anticipos publicados desde 1940.

Las tesis de Américo Castro tuvieron extraordinario eco, y aún lo tienen, y son sobradamente conocidas. Antes que hacer el agravio de sintetizarlas una vez más, creo más oportuno intentar ver diacrónicamente cómo Castro va madurando sus ideas, en lo que aquí nos interesa, y cómo lo hace dialécticamente, en contraposición a las ideas de su maestro. Es posible hacerlo gracias al muy copioso epistolario cruzado entre Castro y Menéndez Pidal que se conserva de forma íntegra en la Fundación Menéndez Pidal y en la Fundación Zubiri. Son más de trescientas cartas, algunas de ocho y más folios, y solo será posible comentar aquí unas muestras ilustrativas para advertir cómo, a partir de cuestiones muy puntuales, la concepción de Castro se convierte en una síntesis omnicomprendensiva de una Historia de España y de los españoles que excluye por completo la prehistoria y la Historia antigua, en tanto en cuanto no son pertinentes, según Castro, para una auténtica Historia de España

Prescindiendo de referencias anteriores, leemos en una carta del 3-III-1944:

Lamento que le distraiga tanto la prehistoria lingüística, y deje sin dar a la imprenta la Historia de la Lengua en los siglos de la literatura mayor. Es gran lástima. La prehistoria, en el mejor caso, carece de vida, y no afecta a la entraña de lo humano. Perdona esta franqueza, debida a mi interés en verle a V. dándonos lo que solo V. puede hacer. Si V. no se pone y termina su Historia, ¿qué va a ser de esa masa fabulosa de datos preciosos acumulados durante medio siglo? ¿Qué vale junto a eso el que España tuviera, hace 3000 años, ligures o cualquiera otra cosa? La lengua de los siglos XV, XVI y XVII, y la actual, es lo que cuenta para la valiosa eternidad

humana. No tome a mal que exprese así mis deseos, porque no hay sino buena intención en ellos.

Castro, en realidad, solo manifiesta sus deseos de que Pidal acabara su gran Historia de la lengua, que Castro concebía sobre todo como una Historia de la lengua literaria, y piensa que el mayor interés está en lo más reciente, a partir de la Edad Media.

Y Pidal en principio le da razón, en carta del 21-V-1944:

Su observación para que deje los trabajos de toponimia me ha impresionado. Mi hijo Gonzalo me objetaba a veces en igual sentido, pero el gusto de una materia apenas elaborada y los menudos hallazgos me engolosinaban. Pero tiene Vd. razón que le sobra, y desde que recibí su carta, cariñosa y convincente, doy un sesgo rápido a esos estudios, para liquidarlos con lo estrictamente necesario para el comienzo de los orígenes del idioma y para el prólogo de la prehistoria de España.

Y Castro se congratula por ello (25-VIII-1944):

Me alegra contribuir a que vuelva V. a la historia de la lengua de verdad, y se deje por ahora de coleccionar cascarabitos paleolíticos, sin matices de vida y sin peculiaridad. En cambio, la lengua del siglo XIII, o del XVI, son aspectos únicos de formas de vida únicas, que solo V. conoce.

Nueva conformidad de don Ramón (14-XI-1944):

Lo de las lenguas prehistóricas está terminado y suspendido, pendiente solo de una redacción última. Todo refluirá en un capítulo preliminar de la Historia de la lengua, tratado previo al de la romanización, explicando los elementos prelatinos del romance. Salud para que lo veamos.

Unos meses después (29-III-1945), Castro vuelve a reprender a su maestro porque, a su juicio perdía el tiempo con sus prólogos a los volúmenes de la *Historia de España* de Espasa, y otros trabajos que le desviaban de la obra fundamental:

Siento que siga V. alejado del trabajo que todos ansiamos verle terminar. No piense que con prólogos de historia va a convencer a nadie; no son esos problemas de razón ni convencimiento. Denos una historia de los nombres de persona y de lugar, una articulación de la lengua entre los siglos XII y XVI, y olvídense de prehistorias y contratos editoriales. A “nuestras” edades no hay que andar con bromas, y hay que dejar hecho lo que nadie va a hacer por nosotros.

Solo cuatro meses más tarde, Menéndez Pidal advierte ya las raíces mayores de la discrepancia, es decir el papel básico, casi exclusivo, que Castro veía a la invasión y presencia islámica en la conformación de España. En carta de julio de 1945:

Creo que había que poner de acuerdo la España de Indibil y la de Almanzor. Vd. saca de los moros la historicidad de la épica, pero eso hay que compaginarlo con la *Farsalia* y con la oda narrativa martirial de Prudencio. La verdad puede estar tanto en la *España en su historia* (que será el título del libro argentino) como en *Los Españoles en la historia*; el acuerdo se impondrá por la fuerza de la verdad repartida.

Dos años después, en marzo de 1947, Castro acusa el recibo del famoso prólogo de Pidal a uno de los volúmenes de la *Historia de España* de Espasa Calpe, “Los españoles en la historia”, el mismo al que se ha referido en este congreso el profesor Bendala, y que en efecto fue muy discutido por manifestar la creencia en unos caracteres permanentes del pueblo español desde tiempos remotos hasta la actualidad, cuestión dudosa donde las haya y que suscitó amplias reservas o negaciones. Entre los objetores y críticos se encuentra el propio nieto de Menéndez Pidal, Diego Catalán, en la muy notable introducción a la última reedición de ese ensayo aparecida en 1987. Pero Castro va más allá, y al manifestar sus objeciones de principio aprovecha para negar el valor de las fuentes romanas sobre la Historia de España en este punto. En carta del 12-III-1947:

No sé si pude afirmarse, tan cerradamente, la continuidad del carácter ibérico desde el tiempo prerromano hasta los siglos recientes. Me parece que se inmoviliza así la vida histórica. Séneca, p. e., (p. xxi) dice eso de la filosofía y de la ciencia por ser romano, no por ser español. Roma despreciaba a los filósofos, y no produjo una sola idea original en filosofía o ciencia. La apetencia de saber a que alude V. enseguida hay que referirla a moros y judíos, cuyo empresario fue Alfonso X, autor de libros lo mismo que lo es el duque de Alba.

En suma, no veo cómo pueda sostenerse que el carácter de un pueblo es una cualidad casi biológica, invariable, sin que circunstancias humanas lo moldeen y lo varíen. Como medida de precaución no he aceptado sino lo que los españoles han dicho acerca de ellos mismos, y no lo que los romanos conquistadores cuentan. Para eludir ese problema he contemplado la historia desde la Reconquista, cuando los hispanos toman conciencia de sí mismos y aparecen obrando de acuerdo con ello. Lo que no es eso, en realidad vale como una prehistoria.

Sigo pensando que la prehistoria lingüística no es esencial para la historia de la lengua española.

La respuesta de Pidal fue casi inmediata (30-III-1947):

En fin, entre el punto de vista que ahora adopta usted, España toma sus caracteres de la invasión árabe; y el mío, España posee sus caracteres desde Indibil; creo que

hay compatibilidad reconociendo el gran influjo del Andalus incorporado al oriente. Pero no debemos exagerar ese influjo, recordando también la profunda hispanización del Islam andaluz.

Ya en 1948 (7-IV), don Américo vuelve a la carga:

Aparte de todo ello, me alegra mucho saberle en plena actividad, y deseo ver pronto algo de la Historia de la Lengua. A mí me ha entrado un ansia de vida — quizá porque veo que este mundo da las boqueadas —, y no me interesa absolutamente nada la anatomía lingüística, las prehistorias, los indoeuropeos silentes y espectrales, etc.

El siglo XIX enseñó a excavar, pero ya va siendo hora de hacer algo con tanta piedra arqueológica sacada a luz. El amigo Bonfante sigue empeñado en seguir buceando en ruinas; es lo mismo que pasar días y días en poner manteles en una mesa en la que nunca se sirve la comida. Y vengan vocales y consonantes, y vengan sufijos. La desproporción entre los dichosos “materiales”, y las estructuras vivas es fantástica. La vida expresada ha de integrarse con quienes la vivieron.

Y, en febrero de 1949, el mismo Castro:

Me interesa la teoría de la Historia, y no sé bastante para resolver el enigma, y he trabajado ya demasiado para dejarlo. Quizá me reduzca a tareas más reducidas. Por ejemplo, encontrar una respuesta satisfactoria, unívoca a qué es, por ejemplo, “español”. En cuanto se pone uno a pensar en ello, se ve el lío. Fallan las respuestas psicológicas, o esencialistas, ya que nada humano es una *cosa*; tiene que ser, pues, una declaración *funcional*, no quieta y cerrada. La definición de los diccionarios no se sostiene en pie: “natural de España”. ¿Y Maimónides, y los hijos de los extranjeros que hablan español como españoles, y los vascos que no entienden español?

Una nueva vuelta de tuerca se produce cuando después de los iberos y romanos Castro llega a la conclusión, en realidad ya presupuesta en lo que hemos leído en cartas anteriores, de que tampoco los visigodos eran “españoles”. Su trabajo “El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos” es de 1949, y se lo anuncia a Pidal en julio de ese año, al tiempo que expone un resumen de la tesis básica de *España en su historia*:

En cuanto salga lo de los Visigodos, lo tendrá, desde luego. Como casi todo lo que ahora hago, esto es también pura ingenuidad. Para mí aquella gente no ofrece rasgos de vida españoles. Mi propósito es determinar (“capere”) qué sea, o cómo pueda ser el eso llamado español. El español no ha pensado nunca, no ha inventado nada con la mente por los motivos que digo en Esp. en su hist. El español vive desviviéndose desde que existe históricamente hasta hoy, suprime los siglos del pasado, se saca el suelo de debajo de los pies. De esto añado textos “impepinables” de Giner, de Bosch

Gimpera, de Falange, etc., continuadores de Quevedo, Gracián, etc. Tal postura es lógicamente absurda porque los siglos “suprimidos” tienen enorme valor.

No creo que mis juicios históricos vayan en contra de cuanto Vd. saca a luz y construye; tal vez intento poner otras etiquetas a ciertas realidades históricas. La soledad me ayudó mucho, y el dejar de escribir por bastante tiempo. Sin proponérmelo, me he distanciado tanto de la historiología de Dilthey como de la de Ortega.

Torquato de Souza me dijo en Coimbra que no acepta mi idea sobre los orígenes de Portugal. El peor enemigo de la historia es el nacionalismo. Creen que Portugal existió siempre. Aquí se hace el chiste de que “la pescada fue pescada antes de ser pescada”.

En cartas de fines de 1949 y de 1950 Castro insiste en sus tesis sobre la “realidad hispánica”:

Hablaba Vd. de las *causas* históricas; me parece que nuestra preocupación por las causas es un arrastre de las ideas sobre la realidad física: en ésta, las causas afectan a la esencia de la materia (del ácido sulfúrico se puede volver a sacar azufre); en cambio, la realidad poética de las gestas nada tiene que ver con la de los sucesos que la motivaran (no causarán). Por eso me interesa ahora aprehender, si puede ser, la realidad hispánica, aislándola y fijándola en lo posible, más bien que ahondar en el proceso genético (¿qué ganaríamos esencialmente con hablar con los padres de Lope de Vega?) (20-IX-1949).

Rehago bastante mi libro sobre *Esp. en su hist.* He quitado y puesto bastantes cosas. Me hago cargo de la dificultad de que nos entendamos plenamente; ni yo he sido bastante claro, ni mis presupuestos tienen todavía la suficiente firmeza. Veo que V. observa, quizá con razón, que puede haber “rasgos hispánicos cuyas raíces vayan mucho más atrás”. Pero yo quisiera poseer una *estructura* en la que pueden caber las posibilidades y las imposibilidades; me interesan menos las fuentes u orígenes que la realidad como tal; el hijo, no el padre. Yo no me imagino a un español que hable y sueñe en latín, celta, o lo que sea. Me temo que la historia se haya atenido en demasía a las concepciones naturalistas de la materia (elementos, *causas*). (11-III-1950).

De ideas tan generales pasamos a veces a cuestiones más específicas, como algunas que afectan a la lengua vasca:

Aguardo con impaciencia su *Romancero*. Sé que hay una cosa muy buena suya sobre dialectos vascos; *pero* ojalá no *retrasen* los avances de la Historia de la lengua (7-I-1950).

Alguna vez me gustaría saber si cree aceptable la idea de Gamillscheg sobre la lengua de los cántabros, y sobre el no iberismo radical del vascuence. Leí con gran interés

su cosa en unos *Sitzungsberichte* nuevos; me pareció muy discreto, pero no tengo medios para calibrar su construcción (24-IX-1950).

A lo último contesta Pidal a vuelta de correo:

Me pregunta Vd. por el *Romanen und Basken* de Gamillscheg. Lo tengo para leer, pero aún no he podido leerlo. No tengo ahora tiempo para meterme en esto que toca a cuestiones de la mayor importancia muy certeramente escogidas (14-X-1950)

En mayo de 1951 Menéndez Pidal empieza a reconocer que acaso existe una contradicción básica entre sus ideas y las de Castro, aunque parece que intenta conjurar ese pensamiento:

Usted teoriza puntos de vista muy amplios y a la vez muy concretos. Con la vida tan retraída que llevo aún no he tenido ocasión de hablar con Laín sobre la oposición que él ve entre las ideas de usted y las mías. No lo veo yo así y esto pienso, claro es, para mi tranquilidad interior. En fin, no podemos conversar largo y tendido como en los tiempos mejores (24-V-1951);

Pero no ve como insalvable conciliar sus ideas con la de Castro:

Pienso siempre que lo que yo puedo discrepar del pensamiento de Vd. en nada llega a tocar el conjunto de su construcción, solo quisiera ampliarla, si pudiésemos departir despaciosamente sobre ello (I-1952).

Castro intenta también, por su parte, la conciliación; pero surge la cuestión de las jarchas, recientemente descubiertas, y las discrepancias en su interpretación afloran inevitablemente, sobre todo a propósito de la conexión que Pidal establece entre esos cantos femeninos y las referencias latinas a las muchachas de Cádiz famosas como cantaderas:

No suelo ir a ver revistas para no perturbarme en mi trabajo, ya de suyo un puro lío. Pero fui el otro día a hojear rápidamente los últimos números y me encontré con esa maravilla de etimología de *Chamartín*, y su último trabajo sobre las *jaryas*, muy bueno, claro. Mi única duda es que la poesía erótica, de tipo íntimo, con un yo que se queja y estremece, con un yo *femenino*, parece cosa más oriental que romana (Safo ya apunta al Oriente). Lo más antiguo de la Biblia es el Cántico de Débora. Además, aun cuando hubiera cantos eróticos conservados en Castilla, no quiere eso decir que su función fuera entre castellanos como entre gallegos o provenzales. Como quiera que sea, el asunto es precioso, y su estudio de V. es lo mejor que hasta ahora tenemos. Sería útil, sin embargo, distinguir entre lo que sea “posibilidad histórica”, y lo que

fue “posibilitado”; la Andalucía islámica en nada se parece a la romana o visigótica. En España hubo cantares cuyo contenido ignoramos totalmente. Las *jarjas* están en romance, no en latín. Aunque las chicas de Gades hubiesen cantado en fenicio, o púnico, o *¿turdetano?*, y no en latín, siempre sería igualmente difícil y problemático calcar el sistema métrico de una lengua en la de otra; los tipos de versificación entre las lenguas románicas están más emparentados que los de cualquier romance y el latín (15-I-1952).

Contesta Pidal:

Duda usted de mis *puellae Gaditanae*. No creo puede verse de otro modo ese tema. Piense usted por qué no iban a Roma las *puellae Tarraconenses*, que tenían viaje mucho más corto que hacer. No se opone esto a la teoría de usted, si no se la extrema exageradamente, pues no cabe negar que la masa étnica islamizada en el siglo VIII heredaba algo de la gotificada del siglo VII y de la romanizada del siglo I (20-IV-1952).

El argumento de las continuidades de largo alcance es cortésmente rechazado por Castro:

Unas cuantas conversaciones en la Sierra harían ver que la distancia ideológica entre nosotros es mucho menor de lo que parece a esta distancia lejanía. Aceptaríamos las cosas, entonces, como partes de un todo, que se integrarían en el conjunto de lo que V. dice y de lo que yo digo. Se trata de complementar y no de discrepar. Es verdad, por ejemplo, que hubo *Puellae Gaditanae*. Esa tradición, sin embargo, florece en un ambiente ya hispano-oriental, con temas eróticos y poéticos que enlazan con la estructura del nuevo ambiente histórico. Nada de lo que se escribe en el siglo X y en el XI y en el XII es ya romano, ni fenicio, ni púnico, sino hispano-románico. A esto último le doy la significación y el contenido que ofrece como tal, *en* su propia historia, en su marco de vida. No es casualidad que las *jarjas* aparezcan como apéndice a poesías escritas en hebreo, o en árabe, y en una región determinada de la Península. También el árabe-hispano arrastra consigo un pasado milenario de orientalismo (ugarítico, arameo, iranio...), pero es ya árabe, no simplemente y abstractamente “oriental” (8-V-1952).

Como para quitar hierro Castro, vuelve a insistir en su deseo de que don Ramón avanzase en la Historia de la Lengua. Pero, dando un inesperado giro y como quien no quiere la cosa, le dice también que si se hubiera ido de España, como él mismo y tantos otros exiliados intelectuales, la obra de Pidal se habría beneficiado de ello:

La verdad es que me ha parecido siempre muy mal el que ceda a la tentación de darle al zéjel, y a los Reyes Católicos, y a los ligures, etc. La lengua de Alfonso X, de D. Juan Manuel, de la *Celestina*, etc. es lo que necesitaba de su pluma.

Claro que es lástima que viva V. ahí. “¡Qué barbaridades dice este amigo!”, pensará V. Pero si V. no estuviera ahí, y hubiera caído el año 36 en un lugar aislado, remoto de todas las “presencias” y compromisos de ahí, habría acabado por traerse sus papeletas de la Historia de la Lengua, y esta estaría imprimiéndose ahora. Nadie le habría chinchado para hacer esas obras marginales de prólogos, de hispanidades, etc. etc. Se hubiera roto su compás de vida, y con incomodidades y como fuera, la Historia estaría ya lista (7-VII-1952).

Castro había incidido en una cuestión sensible, y don Ramón responde también en tono fuerte:

Y ahora ¡qué equivocado está Vd. en lamentar el que no ande yo rodando por esos mundos! Contra lo que Vd. dice, el que vive en su patria vive en estado normal; el emigrado padece anormal deficiencia. Si yo cada vez que España tuvo gobiernos que me desagradaban, me hubiese expatriado, hubiese vivido casi siempre en el extranjero. Mi patria es más mía que de los varios gobiernos que la detentan. Da Vd. por seguro que si yo me hubiera expatriado hubiera comprendido que el zéjel, los Reyes Católicos y los lígures eran niñerías que no vale la pena tratar. Alto ahí. Por todo paso menos por lo último, y no tendremos tranquilidad hasta que Vd. no me conceda que mis pobres lígures pueden tener tanta importancia en la constitución del pueblo español como los marranos.

Porque, hablando en serio, yo no veo antagonismo entre la manera de pensar Vd. y la mía. Ya sabe, y lo repito, que yo le concedo y admiro su preocupación por la pregunta ¿desde cuando hay españoles? Esta preocupación es novedad muy al día.

Vd. puede perfectamente señalar límite a los españoles en la invasión musulmana, pero plantea una ecuación de segundo, tercero o enésimo grado que tiene varias soluciones, todas verdaderas, porque otro puede poner el hito más allá o más acá para cortar la continuidad de la historia a su gusto, ya que cada generación joven emplea las 24 horas del día en pensamientos y en obras que serían totalmente inconcebibles para sus bisabuelos (14-X-1952).

Poco antes había habido un nuevo desencuentro a costa de lo “hispano-romano”. Escribe Castro (26-IX-1952):

He visto su artículo en *Comparative Literature*. Insiste V. en la analogía estructural y racial entre *La Farsalia* y la épica castellana. Puede ser que tenga V. razón, aunque yo no puedo captarla. Lucano está incluso en una estructura de vida que no es aún la española.

Pondré una nota en mi libro, aunque sin referencia polémica, claro. El “desde cuándo” hay españoles importa mucho.

Y aunque tarde, Castro responde a la anterior alusión a los lígures y los marranos o judeo-conversos:

Ninguna desestima hay en lo que pienso sobre los ligures, y tareas semejantes. Mi opinión se funda en motivos de afecto personal, en el deseo de que escriba V. la historia de lo histórico y no de lo prehistórico. Se funda también en la firme creencia de que ligures y demás son meras sombras sin posible contacto con lo que está ahí vivo como español, italiano, provenzal, o lo que sea. La vida humana no es nada natural ni biológico en que haya “elementos”. Cuando el jinete galopa para ganar un premio, la realidad *vital* de eso nada tiene que hacer con los clavos de la herradura, sin la cual, cierto, no correría el caballo. Los antepasados de Napoleón fueron necesarios para su existencia; pero el Napoleón de la historia es algo único. He visto un folleto de Pericot sobre “raíces de España”, y creo que la expresión *raíces* aquí carece de sentido. Los historiadores siguen siendo víctimas de la falacia de igualar la realidad humana con la natural y biológica (fruto de la mala educación del positivismo del siglo XIX), y creen en algo que no existe.

Ahora bien, no es V. justo al equiparar ligures y marranos (como V. dice con ajeño tinte despectivo). Los ligures, empiezo por no saber cómo fueran o qué sintieran, o qué valores durables hayan creado; los marranos son, en cambio, algo sin lo cual V. no sería como es, ni escribiría, ni sentiría cómo lo hace sobre los temas que escribe. Suprima V. entre otras cosas, estas “marranadas”: Celestina, Diana, novela picaresca, Luis de León, Santob (el primero que ha escrito pensamientos algo profundos en castellano), Luis Vives, la Inquisición, Santa Teresa... (19-X-1952).

Ante una larga interrupción en la correspondencia, parece que Castro dio a entender que el silencio se debía a las desavenencias ideológicas. Don Ramón intenta apaciguar a su amigo, rebajando incluso sus anteriores afirmaciones sobre la importancia de las continuidades “prehistóricas”:

Veo por su carta a Diego que cree V. en un corte de correspondencia mío, ¡por no sé qué de la Historia de la lengua o de la prehistoria! Me ofende Vd. pensando así. No hay otra cosa sino que mi actividad es poca, y que la publicación del Romancero, con las chapucerías de la imprenta, me absorbía mucho; pero en fin, la impresión está ya acabada, y escribo cartas; la primera ésta de Vd.

Esas discrepancias intelectuales que equipara Vd. a las políticas y religiosas, jamás pueden influir en la amistad de toda la vida, y lamento que no me crea poseedor del conveniente eclecticismo, sincretismo y demás *-ismos*, hasta el escepticismo, bastantes, no solo para no repugnar ninguna ideología, sino para admirar con sinceridad todas las bien concertadas y largamente meditadas, como la de Vd., aunque yo no piense de igual modo. Y más, cuando hasta me parece que no hay esencial contradicción entre nuestras dos posiciones, como ya le he dicho otra vez. Ahora ensancha Vd. sus puntos de vista respecto a la *morada vital*. No sé cómo la tratará Vd., aunque, según lo deseo, quizá quepan en ella (sin determinismo geográfico) hasta los pobres ligures de mi broma anterior.

Y a propósito de esa broma, no sé cómo me argumenta en contra dudando de que, por debajo de la broma, le doy totalmente la razón en el escasísimo interés de los pueblos prehistóricos, pues su herencia, aunque indefectible, nos es incomprensible. Pero acaso no lo será mañana y por eso hoy interesa delimitar la realidad y el tronco de cada uno de ellos.

Supongo que al hablar de tan lejana herencia Vd. me tendrá por viejo rancio, porque no ando dentro de la fecha tope de los mil años fijada por Toynbee, que también la

invoca Curtius. Sin embargo, me siento satisfecho porque me parezca ya anticuada esa novedad (22-IX-1953).

Dos años después, Castro adopta un tono aún más agrio. Se siente incomprendido y maltratado por todos, incluyendo a Menéndez Pidal. Acusando el recibo del artículo “Los godos y le epopeya española” (Palermo, 1955), escribe Castro:

Me cita V. muy amablemente en la p. 39, para recordar mi idea de que la historia española se desarrolla desde el siglo X, cuando ya “las *formas de vida* romano-visigodas se habían desvanecido”. A seguida habla de “*características* que solo pueden darse después del descubrimiento de América o de la contrarreforma, y otras que remontan a la romanización o a las gentes primitivas”. Me parece que, una vez más, estamos hablando de cosas diferentes, y no hablo de ello por afán discrepante, sino para expresar la perplejidad en que me sume el hecho de no ser entendido por quienes esperaba yo serlo en muy alto grado.

Ya sé que detrás de todo ello no hay sino pasión. Mi idea de España le desagrada a V. Los historiadores están Vds. habituados a proceder “patrióticamente”, y hablan de la historia española como los ingleses del cuerpo humano: eludiéndolo. Sus escritos son descriptivos, destacan los aspectos claros (en forma maravillosa, y siempre lo he admirado), pero no chocan ni con la religión ni con la angustia radical y funcional y creadora de los españoles. La vida plena y total queda fuera de la historia, y los españoles pueden, entonces, ser romanos, visigodos o iberos. Al proceder así rechazan Vds. la evidencia de continuarse la *forma de vida* por encima y por debajo de los acontecimientos y de la variedad de las acciones. Pero nadie podrá anular mi aserto de que desde el siglo X al XX toda la cultura intelectual hispana ha sido importada, los hispano-cristianos nunca tuvieron ni pensamiento ni técnica propios. V. me objeta que “los cristianos del Norte siguieron viviendo dentro de la cultura visigoda durante cuatro siglos”. Mas ¿qué quiere decir *vivir dentro de una cultura*? Eso no quiere decir *crear cultura*. Los españoles viven *dentro* de culturas extranjeras desde hace mil años: lo han importado todo, todo lo relativo a pensamiento y técnica. El castellano no tiene nombre ni, para *sastre*, que es francés. Los objetos que llenan la cultura de Occidente, desde las estrellas al *water closet*, son extranjeros en su origen. Dejados a sí solos, los españoles no sabrían qué es la materia, o los sonidos, o las lenguas, o la estructura del cuerpo humano.

Tomemos otro aspecto del problema. Si porque las gestas proceden de los germanos, los españoles se encuentran situados en la forma de vida goda, entonces los franceses (con una épica germánica mucho más fuerte que la de Castilla) ¿estarán situados en la forma de vida franca? Y los italianos tan germanizados por ostrogodos y longobardos, ¿en qué clase de vida existen?

Todo esto me parece inmovible, y me lo parece aún más al ver como una y otra vez me atacan Vds., o partiendo de afirmaciones inexactas, o de mala inteligencia de mis ideas. Mis páginas caen en un total vacío, y ha sido inútil, por lo visto, demostrar que dos y dos son cuatro, que Séneca no es español, y que al hablar del “senequismo” de los españoles se usa un lenguaje ingenuo y sin contenido objetivable. El pensamiento de Séneca era griego, y el aguantar el hambre no es senequismo, según creía aquel infantil Ganivet.

Para mí el asunto es vital, de radical importancia. Es mi vida. Mientras aliente usaré la pluma y el razonamiento para no dejarme acorralar por las incomprensiones que,

por respetables y afectuosas que sean, tienden a hacer añicos mi pensamiento. Mas tengo fe en que me sobrevivirá (5-VII-1955).

Estamos todavía en 1955, y el Epistolario entre Menéndez Pidal y Castro continuará hasta más allá de 1960, pero no creo necesario recoger más ecos de una polémica que requeriría excesivo espacio para recogerse en su integridad. Baste indicar que, pese al afecto y respeto mutuo, las posiciones fueron cada vez más inconciliables. Castro radicalizó cada vez más su postura: No puede hablarse de España ni de españoles hasta que no existe la conjunción de cristianos, musulmanes y judíos, y todo lo anterior es en realidad irrelevante; y Menéndez Pidal se aferró a su creencia en unas continuidades de larga duración.

Si me he extendido, y con cierto exceso, en esta polémica, primero amistosa y después no tanto, entre Pidal y Castro, es porque creo que lo que estaba en cuestión afectaba también a la obra de Caro Baroja. Y también porque creo indudable que don Julio estaba más próximo a don Ramón que a don Américo. En alguna ocasión escuché a don Julio manifestar su desacuerdo con las tesis de Castro, y censurar su forma vehemente y agresiva de defenderlas, considerando que quien no aceptaba su construcción lo hacía por mala voluntad, o por la voluntad deliberada de no entender, de no querer entender, lo que eran, para Castro, evidencias palmarias. Algo de eso mismo se trasluce ya en los párrafos de la última carta que hemos transcrito, y en varios de los escritos tardíos de don Américo.

Es claro que no se trata de una cuestión secundaria o bizantina. Si don Julio organizaba su libro básico, *Los Pueblos de España*, en tres partes, y si las dos secciones iniciales son, primera: “Los pueblos prehistóricos de la Península Ibérica”; y, segunda: “Los pueblos antiguos de la Península Ibérica”, es porque no le caben dudas de que esos periodos tienen relación con la tercera parte de su libro, es decir: “Las regiones actuales de la Península desde el punto de vista etnológico”.

Es muy cierto que el tipo de interpretación histórica a que aspiraba Castro tiene poco que ver con la manera de hacer Historia cultural y Etnografía tal y como las entendía y practicaba Caro Baroja. Pero es también cierto que un historiador doblado de etnógrafo apreciara realidades tangibles, e historiables, donde Castro solo veía datos irrelevantes. Si los límites tribales y lingüísticos, que los autores griegos y latinos distinguieron en los pueblos de la Península, tuvieron después su traslación en las divisiones de Hispania bajo el Imperio romano, y si esas divisiones se corresponden con las posteriores diócesis eclesiásticas, y con límites de regiones o provincias que han llegado hasta nuestros días; y si las lenguas y dialectos de la Península también están prefigurados por límites que pueden retrotraerse hasta la España antigua, difícilmente puede sostenerse, para un etnógrafo, que todo ello carece de importancia. Y lo mismo sucede con el aprovechamiento del territorio, ciertas técnicas agrícolas, y un largo etcétera.

Al margen de las “realidades” que el historiador o el etnógrafo puedan desvelar o demostrar, las concepciones o construcciones historiográficas que cada pueblo se hace de sí mismo, por hipotéticas o fabulosas que sean, claro es que también tienen su incidencia a muchos de siglos de distancia, y hasta el presente.

Decía Castro en su libro *De la edad conflictiva*:

Los niños franceses no aprenden en la escuela que eran ya franceses los celtas de la Galia y los francos de Carlomagno. Ni a los italianos les enseñan que los romanos, los longobardos, los vénetos y los sículos eran ya italianos. En cambio, a los españoles se nos sigue enseñando —dice Castro— la fábula de ser ya españoles los iberos o los visigodos.

No estoy seguro de que ello sea exactamente así. Será o no una fábula, pero parece evidente que en el imaginario nacional italiano la Roma clásica sigue desempeñando algún papel; y en la construcción ideológica de la nación francesa también tienen su importancia los galos y los francos, y los periodos merovingio y carolingio. Para una imaginación histórica francesa, y no ciertamente minoritaria, Vercingetorix (o Astérix) es más “francés” que Julio César.

Por razones que no vienen al caso, he tenido que ocuparme recientemente de los orígenes del regionalismo y el nacionalismo bretón, y es muy evidente lo que sucede desde el siglo XVIII en adelante. En un principio la idea compartida por todos es que los bretones son sencillamente descendientes de los galos, y que la lengua bretona deriva de forma directa de la lengua celta que se hablaba en la Galia. Partiendo de ese supuesto, los bretones son los primitivos franceses, anteriores a los romanos y a los francos. Es exactamente la misma concepción de los primeros apologistas de la lengua vasca, el licenciado Poza o Baltasar de Echave: el vascuence es la primitiva lengua de España, y los vascos son los primeros y puros españoles. Esa concepción es la que, en última instancia, refleja el llamado “vasco-iberismo”, defendido, entre otras personalidades ilustres, por Humboldt, Hugo Schuchardt, y por el propio Menéndez Pidal en trabajos que Caro Baroja calificó como el “canto del cisne” de las tesis vasco-iberistas. En el caso bretón, siendo los bretones los primitivos y auténticos franceses era imposible cuestionar su pertenencia a la nación francesa. En consecuencia, las reivindicaciones “nacionales” que podían plantearse son en realidad muy modestas: que se enseñe la historia bretona y se introduzca el aprendizaje de la lengua autóctona, en alguna pequeña medida, en las escuelas. Todo cambia a mediados del siglo XIX: Una vez establecido que la “celtificación” o “receltificación” de Bretaña fue producto de migraciones desde la Gran Bretaña en época histórica, en los siglos V o VI (De Courson, 1863), los *celtisants* bretones no se consideran ya como primitivos franceses y ven una mayor hermandad con Gales o Irlanda que con las regiones circunvecinas de Francia, y se ven oprimidos por una República a la que mayoritariamente se habían opuesto. De ahí al irredentismo radical de Roparz Hemon y su rechazo absoluto a todo lo que supusiera vinculación con Francia, o a los crímenes de la *Brigade Perrot* y la connivencia con la Alemania nacionalsocialista en los años de la Francia de Vichy, todo ello en aras de conservar o recuperar la identidad bretona, solo median unos cuantos pasos cronológicos, y “lógicos”.

Del mismo modo, si se cree, con Augustin Chaho o Sabino Arana, que existió una sociedad vasca en época primitiva, unificada y formalizada como estructura política avanzada y con un alto nivel de desarrollo cultural, religioso, etc., en época anterior a la presencia (o ausencia) romana, es muy fácil dar el paso a pensar que los vascos no tienen nada que ver con el resto de los pueblos peninsulares, romanizados, y tienen todo el derecho a reivindicar un Estado propio. Y en época más reciente, ahora mismo, puede observarse como el pragmatismo económico de los políticos e ideólogos del particularismo catalán se complementa muy “lógicamente” con la construcción mental de una Cataluña primitiva, preexistente a la Hispania romana, y ya entonces diferenciada de sus vecinos. No por fabulosas, o precisamente por serlo, semejantes concepciones dejan de incidir en nuestro presente. Parodiando a Quevedo, tales ideaciones “serán míticas”, “pero tendrán sentido”

para quienes participan de ellas, como, por otra parte, también se ha convertido ya en mito, por fortuna no análogo a los desvaríos bretón o catalán, la “España de las tres culturas” alumbrada por Castro.

Creo no ser el único que ante situaciones como las que ahora se viven en España se pregunta qué es lo que hoy diría don Julio, en un artículo de periódico o en una conversación en su casa. Es muy posible que, con su bagaje de reflexión acumulada sobre los pueblos de España desde la Prehistoria a la llamada Transición, apreciara muchos elementos de un *déjà vu*. En cualquier caso, recuerdo ahora uno de los pausados consejos que solía prodigar: “Hay que tener convicciones y hay que creer en algo, pero hay que creer moderadamente; no hay que creer demasiado en nada. Si Vd. cree demasiado en algo puede acabar fastidiándonos a los que creemos diferentemente”.